

# EL MUNDO PINTORESCO.

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.

## PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.  
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.  
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 46.—11 Noviembre 1860.

Este periódico sale todos los domingos.

Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.

## SUMARIO.

Revista de Madrid, por don Juan A. Loren y la Hoz.—A la conquista de Valencia por Jaime I de Aragón (poesía), por don Manuel Atard.—Una escursión á Aranjuez, por don José González de Tejada.—La capilla espiatoria, por don Antonio G. del Canto (continuación).—Los dioses lares, por don Javier de Palacio (continuación).—Misterio (poesía), por don Antonio Vinageras.—Una mujer y una flor, por don Gerónimo Lafuente.—La paloma (poesía), por don Enrique Hernandez.—El poeta, por don Manuel Henao y Muñoz.—El ambicioso por amor (continuación).

LÁMINAS. Nuestra Señora de la Tourviere.—Tipos militares: Artillería inglesa.—Infantería id.—Ruinas de Dietfurt.—Castillo de Werrenwag.

## REVISTA DE MADRID.

Querido Ramon: oído—que empiezo mi narración,—y voy á decir primores,—sino lo remedia Dios.

¡Diablo, también es manía!—El diantre de la afición,—¿pues no vé Vd. como salen—los asonantes en ó?—Señora musa, á paseo—yo no quiero inspiración—quiero hablar en pura prosa,—no pretendo tu favor—que haces cada disparate—que vale lo menos dos:—ahora mismo por tu causa—cometí la indiscreción—de poner junto á Dios, diablo—Musa, vete, que si no—como te arrimes á mí—te propino un bofetón.—¿Soy yo algún gacetillero—inmundo y adulador—de esos que te llaman siempre—para escribir un renglón—y aunque sea una sandez—la aderezan al vapor—en verso humilde, descrédito—del país de Calderón?—Vete, musa, vete pronto—vete de una vez por Dios—que sino te vas, agarro,—pesada musa, el bastón,—ó como á vil sabandija—te echo con un escobón.

¡Ay! Gracias á Dios que se ha ido ese diablo de musa, que al fin como del sexo femenino, cuando dá en querer á uno mucho, le pone á la muerte con sus cosas.

¿A qué no sabe Vd. cómo he conseguido que se vaya? He pensado en *El sueño de una noche de verano*, zarzuela que como Dios ha querido, han hecho en el Circo, y por lo visto es cosa que no le gusta, porque se ha ido volando.

Para que no vuelva, seguiremos hablando de cosas poco poéticas, de *Gil Blas* por ejemplo.

*Gil Blas*, zarzuela que ha hecho el teatro de la idem; lo mismo ó mejor que *Gil Blas*, podía titularse *El capitán Rolando*, que es allí la persona que hace.

A mi entender, no es tan mala como han dicho.

Es verdad que yo la ví después de la primera noche, y tengo entendido que por el mal efecto que causaron algunas situaciones, se cortó, se estrechó ó se arregló como si fuera una levita mal hecha.

Tal cual ha quedado, no está del todo mal zurcida para lo que ha dicho la señora prensa, pues algún periódico hasta llegó á decir, que el ver hacer al señor Escrich una zarzuela de la novela *Gil Blas*, le parecía igual á ver un pintor de brocha gorda haciendo la copia de un cuadro de Rafael.

Como quiera que sea, hablaremos de ella un rato.

El primer acto como en *Los diamantes de la Corona*, no se desliza, hecha raíces, porque es interminable, en una cueva de ladrones donde joh fortuna del público y de la zarzuela! traen presos á doña Mencía y á Caltañazor, su tío:



Nuestra Señora de la Tourviere.

esta doña Mencía, es la amada de *Gil Blas* á quien por su fortuna traen á la cueva preso también.

Los ladrones cuando ven á doña Mencía la consideran buena presa y quieren divertirse á su costa; pero el egoísta del capitán que ya tiene su acomodo en Leonarda, una mugercilla buena y mala á turno para estar mejor caracterizada, se pone por medio é impide que á doña Mencía le roben lo que ni la autoridad podría resituirle. Se la encierra en un cuarto, hasta que sea necesaria para decir ó cantar algo, y entretanto *Gil Blas* que llega, divierte un rato á los ladrones, y Rolando el capitán pone límite á la diversion y advierte á *Gil Blas* que no puede salir y que no lo intente porque será castigado. Vase porque no hace falta, y antes ó después, no recuerdo bien, *Gil Blas* tiene ocasión de apreciar la verdad que encierra la máxima: «Es bueno tener amigos aunque sea en el infierno,» pues por uno que encuentra hecho un buen ladrón, sabe que su amada está allí escondida y se alegra; pero esto no obstante, el picarillo se quiere escapar, va á intentarlo y el terrible capitán Rolando por poco le estrangula al sorprenderle forzando la puerta.

Esta prueba de fidelidad de *Gil Blas* cautiva á Rolando hasta el extremo de franquearse con él, ofrecerle su

cual es aclamado y llevado en palmitas hasta fuera del pueblo, donde dice que vá á acompañar la estudiantina.

El camándula de Rolando, que por vengarse de él le sigue los pasos, le pregunta al posadero si *Gil Blas* es rico, charla con él un rato, se vá luego y el posadero que es imbécil, murmura de él interin vuelve *Gil Blas*, que se mete en su cuarto. Vienen Rolando y Leonarda que se fingen primos de doña Mencía, y Leonarda, que dice á Rolando «á ver si te haces bueno y dejas de robar,» que es como decir haz lo que te digo y no lo que yo hago, porque al momento mientras Rolando después de haber hecho salir á *Gil Blas*, engañándole como á un chino, y dejándole entretenido con su hermana, entra en la habitación del asturianillo á robarle con pretexto de escribir una carta, la honradísima Leonarda le saca al cándido mozo como señal de amor una sortija que tiene de algun valor. Rolando, después de robar á *Gil Blas* su maleta, se vá con Leonarda, y para darle el cachete le envía una carta pidiéndole prestado el trage que lleva puesto, único que tiene; diabólico ardid de que se vale el autor para dejar á *Gil Blas* en calzoncillos; ardid sin objeto, porque Rolando le vuelve el trage, accion en él incomprensible, pero necesaria, para que el tenor pueda disculpase con doña Mencía y su tío que llegaron preguntan-

amistad y convidarle á emborracharse como buenos amigos, y el tuno del asturianillo (porque *Gil Blas* es asturiano) se la quiere pegar y escaparse en cuanto le vea hecho un leño; pero el capitán que es muy veterano en estas batallas con el vino, tarda mucho en rendirse; por fin se rinde y el pillo del tenor (porque *Gil Blas* es tenor aunque no lo diga el monsieur que nos ha robado la novela de tal título), le quita la capa y el sombrero, que con toda intencion le dejó el capitán en el suelo y detrás para no reparar cuando se la cogiese, y vá á escaparse, sin hacer ruido para que el capitán no vuelva en sí, cuando sale doña Mencía de su cuarto con una papalina que saca y arroja en seguida, porque le dá la gana, y se encuentra con *Gil Blas* que, mientras se emborrachaba el capitán, le habia dirigido con toda intencion una co-plita diciéndole no seas tonta, ten esperanza y no te aburras.

Vénse y como las mugeres son tan habladoras, empieza doña Mencía á dar voces para recomendarle á *Gil Blas* el silencio y este á cantar un rato por sino se presenta otra ocasión mas oportuna.

—Vámonos, dice él, no se despierte el capitán.

—Tonto, dice ella, echemos un párrafo; ¿qué prisa tenemos? así como así, ¿dónde estamos mejor que en este sitio.

Por fin, después de cantar un duo tan natural y de robar á Rolando sus escudos, con una llave que Leonarda facilitó á doña Mencía, se las guillan y en seguidita sale Caltañazor, el tío, que todo el acto ha estado de pupilo con el apreciable señor don Domingo, negro que le trata negramente, por lo cual y huyendo del tal negrito viene el pobre tío buscando salida. En esto se oye un tiro, el capitán se sobresalta, canta, se alarma, pero no puede desprenderse de la borrachera, y Leonarda y sus subordinados se lo llevan y le salvan de la tropa que entra en aquella guarida buscando á los bandoleros.

El segundo acto es otra zarzuela: absolutamente para nada necesita del primero: tiene lugar en una posada en que habita *Gil Blas*, y aparecen unas doce posaderas pidiendo propina á unos estudiantes pobretones que en ella se alojan, y dan ocasión con un alboroto que con ellas arman, á que luzca *Gil Blas* su liberalidad pagando por ellos, por lo



do por él y no pudieron verle, porque estaba en paños menores.

Por supuesto, Gil Blas no es español, porque despues de las malas partidas que Rolando le ha jugado, vuelve á fiarse de él como si tal cosa: primero, porque le dice el capitán, que le tendrán por loco si se venga en calzoncillos; y luego, porque el arreglador le arregló poniéndole horchata en vez de sangre.

El pícaro capitán, que parece á Perico Urdemalas, le enreda con el tío de doña Mencía, haciéndole pasar, porque conviene á sus planes, primero, por un tal don Vélez, sobrino del dicho tío; y luego, viéndose en el aprieto de que el criado de don Vélez llega diciendo que su amo no ha llegado, por un príncipe italiano.

Doña Mencía que, como muger, se había puesto á escuchar la curiosidad, le dice á Gil Blas que conoce sus enredos y que no los autoriza, pero luego lo piensa mejor y calla, y el criado de don Vélez, amigo del asturiano, le reconoce por príncipe italiano y todos sancionan incluso Gil Blas, que sigue supeditado á Rolando, el alma del negocio, el título que este le ha dado con el trascendentalísimo objeto de engañar al tío de doña Mencía.

Tercer acto: otra zarzuela. Principia por un coro de pretendientes que esperan audiencia de Gil Blas, privado del favorito del rey Felipe III: entra Rolando cojo, tuerto y manco; promete protección á los pobres que pretenden; dice ser el alférez Chinchilla, uno que murió en Flandes; se capta en seguida la voluntad de Gil Blas que no le conoce; se encarga de robar una belleza de quien gusta el que luego fué Felipe IV; la roba, y despues de traérsela á Gil Blas para el príncipe repara que la tal belleza es doña Mencía; quiere llevársela, porque sin duda contraría sus planes, que el espectador no conoce; ella grita, sale Gil Blas, canta, la reconoce, milagro estrafañísimo porque en esta zarzuela los personajes se desconocen unos á otros á la media hora de haberse visto; la promete su protección, el pícaro de Rolando se opone porque se le antoja, y los encierra mientras hace saber al ministro la infidelidad de su privado, que quiere por egoísmo oponerse á los placeres del príncipe; vuelve, alza la voz, dice á Gil Blas que ya no es secretario, que se vaya al cuerno, entra el criado de don Vélez á quien Gil Blas acababa de hacer alguacil mayor, y prende á este y á Rolando.

El tío de doña Mencía, que también obtuvo de Gil Blas el nombramiento de gobernador de las cárceles de Segovia, reclama al preso Gil Blas y le hacen entrega de éste y de Rolando, lo cual le inquieta tanto, que se decide á hacer dimisión, y cuando la está haciendo se le aparece como caído del cielo el apreciable señor don Domingo, el negro de la cueva, su tutor del primer acto, que le reclama á su vez á Rolando, al cual suelta, pero en vano, porque no puede escapar, y él solito vuelve á meterse en la conejera con su leal negro. Gil Blas, que ha escrito una carta al ministro diciéndole, que sino le suelta entrega al rey unas cartas que tiene en su poder, es puesto en libertad, con la condición de dar los papeles y marcharse de la corte; se conforma y vá á ser feliz con su doña Mencía. Rolando teme que le ahorquen; y sin embargo, se pone á cantar para probar que «cuando el español canta, ó rabia ó no tiene blanca.» Doña Mencía y Gil Blas también deben estar sin dinero, porque cantan como todos, y cae el telón.

Hé aquí bosquejada con carbon la zarzuela *Gil Blas*, que así y todo no tiene mal diálogo, y en esto me apoyo para asegurar que no es tan mala como se ha dicho.

Serán una tontería los preceptos, pero yo creo que el gran defecto de esta zarzuela, es carecer de toda clase de unidades y de caracteres, lo cual produce que no tenga ningún interés.

Habermé ocupado tanto de ella, me va á impedir tratar otras cosas en esta revista.

En Variedades no se ha presentado novedad alguna, y no obstante el público concurre á él gustoso.

En el Príncipe á mas de otras dos piecitas de poca importancia, se ha puesto en escena la lindísima comedia de don José Marco, titulada *El Sol de invierno*. Está escrita con gusto, tiene las unidades de acción, tiempo y lugar, situaciones cómicas de efecto y novedad, caracteres bien delineados y fin moral. Si todas las obras que se representasen fueran de la índole de la del señor Marco, nadie pondría en duda que el teatro es la escuela de las costumbres.

En el autor de esta comedia se presiente el hombre virtuoso y bueno que saborea los placeres de la familia, los mas gratos sin duda que el hombre disfruta en el transcurso de su vida.

Siento que mi voz no sea mas autorizada para que al señor Marco le fuera mas agradable mi beneplácito; pero como quiera que sea, el señor Marco no le necesita, porque el público ha colmado su obra de merecidos aplausos.

El Príncipe antes tuvo muy buenos llenos con *Don Juan Tenorio*, que el señor Delgado puso en escena el día de difuntos como se acostumbra en algunas provincias.

Y á propósito del día de difuntos, ¡cuánto bueno he dejado en el tintero por *Gil Blas*!

¡Pensaba decir unas cosas tan fúnebres! ¡Jesus! ¡Qué miedo!

El teatro del mundo no gusta del drama; hasta este día que debiera ser de sentimiento y luto, se hace de algazara y bulla, y las visitas á los cementerios son las mas alegres romerías.

Hablando de otra cosa: hace mucho tiempo que no emito ideas de cal y canto. Escuche V. unas cuantas.

Madrid se embellece. La Puerta del Sol va cubriendo hermosamente los esqueletos de sus edificios, y otras obras que en otros sitios se terminan contribuyen también al ornato: la gran casa de la calle del Arenal está casi acabada y es un bello edificio: el que para sus oficinas ha levantado el Crédito Moviliario llega también á su término, pues muy en breve se colocarán sobre las columnas que la rematan por

arriba cuatro bellos grupos de piedra representando la agricultura, industria, comercio y navegación; obra del joven y notable artista don Pedro Perez y Perez, que mereció ser encargado de este trabajo entre los muchos que se presentaron en competencia, por la belleza y mérito de sus bocetos. En fin, Madrid cada día se aproxima mas á la perfección como su afectísimo amigo,

JUAN A. LOREN Y LA HOZ.

## Á LA CONQUISTA DE VALENCIA

POR JAIME I DE ARAGON.

Alzó la frente y golpeó su escudo:  
De guerra destructora la llamada  
El eco repitió con grito agudo,  
Y hueste numerosa de guerreros  
De Jaime en derredor se vió formada  
Como acude á la voz de la tormenta  
La negra nube que el terror sustenta.  
Las brisas de la paz y del silencio  
Se ahuyentan con pavora  
Del alto monte y la feraz llanura,  
Y el ángel de la guerra  
Batiendo sin cesar sus negras alas  
El abismo y la sierra  
Con manto de dolor rápido cubre,  
Y al alma de las madres dá agonía,  
Y luto al corazón de la que amante  
Un cielo en el amor se prometia...

¡Mirad el rey!... cual de robusta encina  
Gallarda y elevada es su figura;  
Su diestra poderosa con la espada  
Rayo de muerte al relumbrar fulgura;  
Su frente es espaciosa  
Y tersa como noche de verano,  
Serena y azulada  
Y con fulgor divino  
La luz del genio brilla en su mirada!...

Sacude la cabeza  
Y escúchase su voz. Altivo empuña  
El glorioso estandarte,  
Y ansiosos de combate le rodean  
Los hijos de Aragon y Cataluña,  
Honor y prezo de las hispanas lides;  
Desnudos los aceros,  
En pos de su pendon veloces llegan  
Del Sena los nombrados caballeros;  
Y acuden de su reino á los confines  
Del Támesis los nobles paladines;  
Yendo también en pos de sus legiones  
Los bravos almugábares desnudos,  
Cual rebaño de indómitos leones,  
Ofreciendo sus pechos por escudos.  
¿Qué voz une en la guerra  
Al hijo de Aragon y al castellano  
Con el noble francés y el anglicano?  
También en Palestina  
Les ví juntos cruzar la ardiente arena  
Que en lecho abrasador de pronta muerte  
El rauda Simohun veloz convierte.  
Do quier que los musulmes  
Elevan su estandarte, allí les veo  
Unidos de morir por el deseo  
En aras de la fé que les anima,  
Y el dulce nombre dándose de hermanos,  
Que mueren por la cruz! que son cristianos!...

Y todos con afán siguen la huella  
De Jaime el victorioso  
Cual en pos de la luz al astro bello  
Los claros luminares  
Que son de su esplendor débil destello...

¿A dó va el rey? ¿Dó van sus campeones  
En rápida carrera?  
¿Es la sorda ambición la que les guía?  
¿Qué busca su deseo?  
¿El fiero Balear no está vencido?  
¿No es el rey de Aragon grande y temido?  
¿A dó va el rey? ¿Dó van sus caballeros?  
¡Yo lo sé, yo lo sé! que de mi España  
Allá en el Mediodía  
Hay un pensil que con sus ondas baña  
Tranquilo el mar; dulcísima armonía  
El aura tiene allí. Le dan sus flores  
Aromada ambrosía,  
Y diz que en su ribera los amores  
Pidieron el nacer para ser bellos.  
¡Allá va el rey! ¡allá sus paladines!  
A ese pensil tan rico en hermosura  
Que tiene sobre flores adormida  
A Edeta la preciada  
Como perla entre nácares guardada;  
A Edeta que vencida  
Cual viuda abandonada  
Inclina con dolor su bella frente  
Al yugo de Zeyan, hijo de Oriente...  
¡Oh! ¡pronto dejará su vestidura  
Ciñéndose la sien con blancas flores,  
Emblema de su dicha y su ventura!...  
Apartad, apartad; ved á don Jaime;  
Del Cid Campeador sigue la estela,  
Y ardiendo en viva fé luchar anhela  
Con los del Yemen y el Hedjaz venidos.  
¡Y Jaime vencerá! que el que á la noche  
Silencio y sombras diere y luz al día

Marcando la estension de las edades,  
Alienta al que confía  
En su inmenso poder y en sus bondades;  
Y Jaime vencerá, que en su alma mora  
La fé de los portentos creadora.

Comienza ya la lucha  
Y el grito pavoroso  
De ruda guerra retumbar se escucha.  
Chócanse las legiones  
Cual vientos encontrados del estío,  
Y el soplo de la muerte despreciando  
Despliegan su valor y poderío;  
Y alza su oscura frente  
La noche del Islam de horrores llena,  
Intentando apagar en su locura  
Del Gólgota la luz clara y serena!  
¡Oh triste humanidad! ¿Cuándo el tributo  
De sangre cesará, de guerra y luto?  
Con paso vacilante  
Avanzando caminas adelante  
Como en revuelta mar perdida nave,  
Mas ¡ay! ¡cuántas naciones  
Al ímpetu del viento desaparecen  
En aras de tu ciencia hechas girones!...  
Apartad, apartad; ved al caudillo  
Venciendo por do quier! Do pisa brota  
La nueva vida de la paz fecunda,  
Y marcha en su carrera  
Cual luna que de estrellas rodeada  
Las flores y los prados fertiliza  
Con perlas de rocío en la alborada.  
Y allí Valencia está. Zeyan en ella  
Despliega su valor cual la leona  
Que allá en la selva umbría  
Sintiendo al cazador seguir su huella,  
Con angustia á sus hijos aprisiona  
Y apréstase á morir desesperada.

¡Y vano es el luchar! Brilla la espada  
De Jaime el victorioso  
Y Valencia á sus pies queda rendida  
Viviendo de la paz la nueva vida!...  
¡Salve, Dios de Israel!... Valencia en breve  
Potente se alzará bajo tu égida.  
Mis ojos ven al árabe que aleve  
La cerviz de sus hijos humillara  
Dejar llorando su mansion querida!...  
¡Que vengan los cristianos  
Con la ventura de vencer ufanos!...  
¡Salve, Dios de Israel! tú que dominas  
El bátraro profundo;  
A cuyo aliento se formara el mundo,  
La inmensa mar y la estension vacía.  
¡Salve, Dios de Israel! llegó ya el día  
En que el cedro del Líbano florezca  
Y estienda su magnífico ramaje  
En el pueblo que Jaime conquistara  
Vengando del Islam el duro ultraje!...

¿Quién es esa deidad que desde el cielo  
Y entre nubes de púrpura cercada  
Desciende de Valencia al grato suelo?  
¡Yo la ví, yo la ví, cuando Pelayo  
Alzara en Covadonga sus pendones  
Luchar venciendo cual potente rayo!  
¡Yo la ví, yo la ví, tender sus alas  
De Jaime en derredor y darle aliento  
Y fuerza al corazón y al pensamiento!...  
¡Do quier su planta fija  
Allí vence la cruz, la paz renace,  
Oid su nombre, la Fé... del cielo nace!...

Agosto 1859.

MANUEL ATARD.

## UNA ESCURSION Á ARANJUEZ.

Llegó por fin el domingo tantas veces anunciado por don Buenaventura, y con tanta impaciencia esperado por su muger y sus hijos. El sol, bostezando por detrás de las sonrosadas cortinillas del balcón de la aurora, parecia prometer al mundo un apacible calor primaveral, y á nuestros amigos un buen día en Aranjuez, cuando doña Prudencia llena de su nombre dejaba el lecho para preparar lo necesario. Poco despues que ella empezase á poner la blusa de gala á Ricardito, metía don Buenaventura piernas y barriga en los pantalones que el sastre del portal arregló dos días antes, y Amalia ajustándose la bata de percal levantaba la cortinilla del balcón de la sala para ver si estaba de llover, segun decia, ó para observar si había llegado Alfredo al portal de enfrente, segun para sus adentros deseaba.

Empezaron entonces los preparativos formales: don Buenaventura corria en mangas de camisa de una parte á otra; encendía doña Prudencia con fósforos y trapos la lumbrera para el chocolate, que debía tomar en casa por economía; y Amalia se arreglaba las rubias trenzas de modo que pareciese que estaban sin arreglar; mientras Ricardito pegando patadas en el suelo regaba con llanto un arañazo, demostracion pacífica del gato á quien se empeñó en poner en dos pies de centinela.

Don Buenaventura. Pero muger ¡cuándo querrá Dios que esté caliente el agua para afeitarme!

Doña Prudencia. Aféitate con agua fría. Para lo bien que lo haces: siempre vas con la cara hecha una regadera de sangre.

Buenaventura. Bien, muger, no te acalores. (Revolviendo una cómoda.) Pero ¿y la camisa de cuello bajo?



**Prudencia.** ¡Bueno me estás poniendo ese cajon con tanto escarbar en él! ¡Quítate porque...! ¡Jesus! ¡No se cómo una aguanta! Es mucha casa esta.

**Ricardito.** ¡Mamá, yo quiero llevar el ros y el fusil!

**Prudencia.** Déjame en paz. Para adfesios, bastante llevamos con tu padre.

**Buenaventura.** ¡Muger, calma!

**Prudencia.** Sí, como la tuya: media hora hace que estás cepillando la levita. Así te pones tú de gordo.

**Buenaventura.** Y si quisieras coserme un boton de los tirantes...

**Prudencia.** Sí, entre prisa y prisa...

**Buenaventura.** Pero hija, se me van á caer los pantalones en la calle.

**Prudencia.** Ponte un alfiler; ahora estoy muy ocupada. ¡Pobrecito! ¡picaron! que tiras todos los cañamones. (Llenando el comedero al canario.)

**Buenaventura.** Me parece que nos va á hacer buen día; en los jardines de Aranjuez estará delicioso.

**Prudencia.** Eso es lo que tu sientes; si en lugar de ir con tu muger y con tus hijos fueses con alguna perdida...

**Buenaventura.** ¡Ave María purísima, muger, qué cosas tienes!

**Prudencia.** ¿Llaman? Amalia, ves á abrir.

**Amalia.** (Desde la alcoba.) No puedo, mamá, que me estoy vistiendo.

**Prudencia.** Abriré yo: ¿quién? (asomando al ventanillo) no señor; ya podía Vd. haber visto que este es el segundo. ¡Insolente! ¡mala lengua! Buenaventura, sal con un palo, que ese hombre me ha llamado vieja.

**Buenaventura.** Déjale, muger, que despues de todo no eres ninguna chiquilla, y al fin y al cabo...

**Prudencia.** ¡Majadero! otra vez la campanilla. Si quisiera Dios que se os cayese en la cabeza.

**Buenaventura.** Me parece que es el aguador. ¡Pícaro zapatero! ¡vaya unas botas! nada, no entran: tendré que llevar las viejas.

**Prudencia.** (Al aguador, que sale con la cuba vacía.) Ya podía V. haber venido mas temprano, lo tengo dicho cien veces.

**Aguador.** Tuvimos fuego esta noche, y llevárunnos á palus los cívicos de aquí parallá.

Estos razonamientos tenia la familia, y estando por fin todos preparados para la expedicion fuéronse acercando hácia la puerta. Doña Prudencia habia dejado al gato comida para todo el día, y de las llaves de la casa pensaban encargar al tocinerio de enfrente, que era hombre de confianza. No hay que decir por supuesto que Ricardito llevaba el ros de carton y el sable de ojalata: mis oyentes saben que cuando los niños se empeñan en una cosa son como los periodistas de oposicion cuando empiezan á asegurar que hay crisis; por mas azotes que lleven unos y otros, aquellos se salen con su capricho y estos hacen bambolearse el gabinete mas enganchado en la poltrona.

—Muy de prisa tenemos que andar para llegar á tiempo, decia don Buenaventura mirando el reloj.

—Si tú no fueras tan posma, contestaba su muger, tiempo nos hubiera sobrado.

—Pero si hé concluido antes que tú.

—¡Eh! basta. Mira, aquí hay un coche, vamos á tomarle.

—¡Hija! ¡una peseta mas! ¡no aumentes los gastos!

—Qué gastos ni qué... En un día como hoy es preciso ser generosos; y así tambien verán las del escribano de enfrente que vivimos como las personas de tono.

Convencido don Buenaventura por el modo con que su muger pronunció aquello del tono, dejóse llevar á la portezuela del coche. Viólos abrir el cochero inmóvil en su puesto, pero al oír la voz de don Buenaventura que decia «al ferro-carril» en acento de amo, contestó con la misma imperturbable serenidad «está alquilado señoritu.»

—¿Cómo! esclamó doña Prudencia; ¿y esa bandera no dice «se alquila?»

—Es que olvidóseme quitarla.

—Anda Buenaventura, arriba; siguió Prudencia empujando á su marido; y dejémonos de cuentos.

—¡Pero señurita, si está tan lejos y son tantos!

—Yo te daré propina, interrumpió nuestro padre de familia, añadiendo en voz baja con un suspiro: ¡otros cuatro cuartos mas! ¡cuánto gasto inútil!

—Mamá, yo quiero ir en el pescante, gritaba Ricardito; yo quiero el látigo para arrear al caballo.

En fin, acomodáronse todos, y echaron á andar camino de lo que fué puerta de Atocha.

Se me olvidaba decir que detrás de nuestro coche iba otro. Por la ventanilla de este asomaba de vez en cuando una cara con lentes y bigote, y por la del primero salia tambien al mismo tiempo la cabeza de Amalia, y aquella cara y esta cabeza se miraban con un gusto y un aquel que me daban ganas de tener novia.

De repente ¡oh dolor! sálase una rueda de su sitio, y queda el coche tumbado en medio del arroyo. Allí fueron las quejas de Prudencia, allí los lamentos de don Buenaventura y los lloros de Amalia, hasta que un jóven de lentes y bigote, ayudado de dos guardias civiles, los sacó de tan estrecha y maltratada cárcel.

Era preciso seguir á pié, y faltaba la mitad de la calle de Atocha. A los pocos pasos, aparece un señor de grave aspecto, dirígese derecho á Buenaventura y esclama:

—¡Amigo mio! ¡cuánto me alegro de encontrar á V! he estado buscándole para hablarle de un negocio hace dos semanas.

**Buenaventura** (con aire tímido). Ahora voy á Aranjuez y...

**El amigo.** Una palabra nada mas, con permiso de las señoras.

El amigo se lleva aparte á Buenaventura.

Pásase un cuarto de hora discutiendo acaloradamente.

Prudencia muerde el pañuelo y rompe el abanico, y Ri-

cardito tira de la levita á su papá gritando: que yo quiero ir al vapor.

Por fin se despiden: ¡Jesus, creí que no acababas! dijo doña Prudencia.

—Muger, ha sido mi gefe, y ya ves tú que al cabo...

Escena final: delante de la estacion del ferro-carril.

**Prudencia.** ¿Se oye una campana?

**Amalia.** Sí: estarán tocando á misa en Atocha.

**Buenaventura.** No: debe ser algun aviso: es en la estacion. Apretemos el paso, no cierren el despacho.

**Ricardito.** ¡Ay papá! mira, mira una máquina que sale, ¡qué bonito! ¡cómo corre! ¡cuántos coches lleva!

**Prudencia.** ¡Maldicion! Ya se marcha el tren. Por tí, por tí nos sucede esto.

**Buenaventura.** Bien, muger; otro día iremos. Tableau. Prudencia vuelve la cara hácia Madrid con un hocico de tres varas.

Buenaventura se sonrie con la espresion de un bienaventurado; Amalia mira de cuando en cuando al de los lentes, y Ricardito grita «que yo quiero ir en el vapor.»

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

## LA CAPILLA ESPIATORIA.

POR D. ANTONIO G. DEL CANTO.

(Continuacion).

La desgraciada Blanca esperaba con ansiedad el momento en que se presentase el duque de San Roman, de cuya generosidad creia alcanzar el favor que la negaba su inflexible padre.

Pero pareciéndole pocos todos los medios imaginables para vencer la obstinacion del conde, quiso ganar tambien el favor de su madre.

Dirigióse, pues, á su habitacion en la cual no habia entrado hácia mucho tiempo, pues no se habia atrevido á comunicarle sus amores aunque esta sabia cuánto padecia por medio de su hermana Ernestina.

La virtuosa condesa vivia enteramente retirada del mundo.

Acosada de algunos padecimientos físicos á consecuencia de su primero y único parto, pasaba la mayor parte del tiempo en su cámara ó en su oratorio.

Amaba apasionadamente á Blanca, sabia sus amores y padecia y lloraba en secreto la tiranía de su esposo; pero no se atrevia á oponerse á su voluntad, pues estaba firmemente persuadida que no serian de ningun valor ni las súplicas ni las lágrimas, una vez que el conde habia empeñado su palabra.

Algunas veces pensó en persuadir á Blanca por medios dulces y cariñosos que renunciase á un amor que tantos disgustos iba á ocasionar á toda la familia, pero no habia llevado á efecto sus intenciones porque habia conocido que aquella finura que distingue á las mugeres, y mucho mas á una madre cuando se trata de las pasiones de su hija, que ningun paliativo ni menos ninguna violencia podian apagar el terrible volcan que ardia en su pecho.

Estas observaciones demasiado ciertas en verdad, y las amenazas del conde para que no alimentase con esperanzas el amor de su hija, la obligaron á mantenerse en una posicion neutral, estando por este medio á salvo de toda responsabilidad á los ojos de su esposo de la conducta de Blanca.

Pero cuál sería su sorpresa y su dolor cuando la vió entrar en su cámara en una hora estemporánea, desmelenado el cabello, desfigurado y marchito el semblante, surcando sus descoloridas mejillas un millar de perlas que iban á perderse formando un cristalino arroyo, en su seno virginal, y pidiéndola con el mayor dolor y desconsuelo apoyo contra la fatal resolucion de su padre.

Conmovida la condesa al ver la desolada afliccion de su hija y la variacion que habia sufrido en poco tiempo su semblante celestial, la abrazó con el mayor cariño, unió con ella sus lágrimas, y la dijo que al momento hablaria á su esposo para conseguir sino la revocacion de su palabra, al menos que se fijase un nuevo plazo á tan malhadado himeneo.

Efectivamente á los pocos momentos pidió una entrevista al conde y salió á recibirle á su antecámara.

Apenas el conde recibió su peticion se dirigió al sitio donde le esperaba su esposa.

Se sentó cariñosamente á su lado, pues á pesar de las violencias que usaba con ella algunas veces, la amaba con la mayor ternura, tanto por su carácter apacible cuanto por sus virtudes.

La preguntó con la voz mas dulce que podia salir de su endurecido pecho, el objeto de aquella entrevista solicitada con tanta precipitacion.

La condesa le hizo presente con la mas patética afliccion y derramando abundantes lágrimas, la desesperada situacion de su querida hija. Le pintó con las palabras de que solo una madre es capaz, las desgraciadas consecuencias que podia tener un himeneo llevado á efecto bajo tan funestos auspicios, pues no solo se destruía el corazón de su única hija, sino que se despreciaba la voluntad del mas absoluto de los monarcas.

Últimamente, llamó la atencion de su esposo hácia el porvenir de una madre desventurada que no teniendo mas consuelo en el mundo que aquella hija con que el cielo habia bendecido su union, sin duda para hacerla mas llevadera la vida de dolor que pasaba lejos del bullicio del mundo, la viese marchar resignada á sacrificarse ante las aras de la fortuna de un libertino.

En fin, pintó con rasgos tan vivos su dolor, que conmovidas las fibras del conde, ya parecia inclinado á consolar á su esposa y concederle lo que con tanta sumision y lágrimas le pedia, cuando vino á contener sus generosos impulsos la repentina aparicion de un paje que puso en sus manos un pliego del duque de San Roman.

Abriólo el conde con la precipitacion que era consiguiente á tan inesperado mensaje, y apenas arrojó una rápida mirada sobre las líneas que contenia, oscureció su frente una nube sombría y agitó todos sus músculos una agitacion nerviosa.

Volviéndose entonces á su esposa, que al ver aquellos síntomas de cólera habia visto desvanecerse las esperanzas que habia concebido, la manifestó que le era imposible concederle lo que pedia, y que si queria evitar una catástrofe persuadiese á su hija que en aquella misma noche firmase sin la menor oposicion el contrato nupcial, pues no faltaria él á su palabra aunque el orbe se desplomase sobre su cabeza.

La condesa volvió á recurrir á las súplicas y al lloro; pero el tirano esposo y desalmado padre, por única contestacion la dijo en tono fuerte:

—Señora, esta noche se celebrarán los esponsales de nuestra hija, y espero que no dejareis de asistir, lo mismo que vuestra culpable hermana.

Y sin atender á los gritos dolorosos de la desgraciada madre, la dejó sumida en la mas cruda desesperacion.

Blanca que habia oido desde la cámara inmediata aquella conversacion que decidió de su futura felicidad, apenas sintió alejarse al conde, se arrojó medio moribunda en los brazos de su madre.

Sería empresa vana que yo tratase de describiros la patética escena que tuvo lugar entre las dos hermosas afligidas; pero sí podré deciros que pasaron largo rato sollozando y estrechándose dulcemente.

El duque de San Roman, apenas se habia trasladado á su nueva morada el tan incauto como generoso marqués, fascinado por sus falaces palabras, principió á meditar un nuevo plan para llevar á cabo sus inícuos proyectos.

Pasada una media hora de cálculos y meditaciones, durante la cual el demonio le sugeria mil ideas á cual mas detestables, se decidió por fin á llamarse esposo de la enamorada Blanca antes que concluyese la noche de aquel día que habia principiado con tan siniestros auspicios.

Asegurado que el marqués no habia sospechado ni remotamente sus inícuas intenciones, y por consiguiente que no vigilaria sus pasos, pues conocia muy á fondo su noble corazón, escribió al conde de Sandoval rogándole suspendiese la reunion de la familia y de los testigos hasta la noche. Le explicaba los poderosos motivos que le obligaban á tomar tan prudente resolucion por la inesperada llegada del huérfano, á quien pintaba con los mas negros colores.

Suponia el astuto duque que si acaso el marqués conservaba algun recelo y vigilaba sus pasos, veria que remitía despues de su reconciliacion un pliego á Sandoval, el cual creeria desde luego que trataba del aplazamiento de su himeneo hasta la llegada del emperador.

Conseguido su primer objeto, cesaria el marqués de espiarle; y entonces podria dirigirse despues de anochecer á la quinta del conde y apoderarse impune y villanamente del tesoro que tanto anhelaba.

Apenas el carro de Febo se habia hundido en los mares de Occidente tendiendo la noche su manto de crespon por las llanuras, y que la campana de la aldea por medio de su fúnebre sonido llamara á los cristianos á la oracion y al labrador á sus hogares, el duque, embozado en una capa negra y armado de espada y daga salió de su palacio por una puerta falsa, seguido solamente de un criado de confianza, y se dirigió á una de las puertas de la corte, en cuyo sitio le esperaba una litera que habia dispuesto se apostase allí con anticipacion.

Al llegar al sitio mencionado, dijo dos palabras en voz baja al conductor, y saltando dentro del carruaje, partió este á galope perdiéndose con la velocidad del rayo entre las sombras de la noche.

### IX.

Eran las ocho de la noche. El salon que se halla situado en el piso bajo de esta quinta y que hemos visitado hace algunos momentos, se hallaba adornado con una magnificencia régia. Dos pajes vestidos con lujosa librea principieron á iluminarlo encendiendo elegantísimos candelabros de oro primorosamente cincelados, los cuales estaban colocados en dos mesas de mármol finísimo que se hallaban en el fondo del salon y á derecha é izquierda de la puerta. En el centro habia otra mesa cubierta con un tapete de terciopelo encarnado orlado de oro, y una escribanía del mismo metal. Grandes sillones forrados de damasco carmesí rodeaban el inmenso salon y tenian en el respaldo incrustada en oro la corona condal. La galería, llamada de los Cuadros, estaba adornada por una lámpara de plata de estilo gótico, y todas las puertas tenian vistosas colgaduras.

El viento de Levante se oía silbar á lo lejos y el ruido de los álamos del parque, causado por el continuo balance de sus copas, hacia creer que la lluvia caía á torrentes.

—¿Querrás decirme, Garcés, preguntó un paje á su compañero, qué significan estos preparativos? Por mi parte puedo asegurarte que estoy atolondrado despues que salimos anoche de Madrid, pues desde entonces acá no he cesado de correr un momento.

—¿Si? contestó el otro: pues entonces concluye de arreglar las luces y vete á dormir, pues creo que maldito el interés que debes de tener en saber lo que pasa ó lo que vá á suceder.

—¡Pero que seas tan misterioso conmigo tú que estás en los secretos del conde, y que sabes que nadie se interesa mas que yo en la suerte de toda su familia!

Además no creo que estés quejoso de que yo haya divulgado nada de lo que me has dicho otras veces.





Tipos militares.—Artilería inglesa.

—Calla con mil diablos y te diré lo que hay.

Entonces acercándose al curioso paje y echando una mirada indagatoria á su alrededor para asegurarse de que nadie lo espiaba, le dijo con voz casi inteligible y misteriosa:

—Este salon se prepara para el casamiento de la señorita. —¡Cómo!... ¿la señorita se casa?... dijo el paje saltando de alegría ¿Y con quién?... —¡Callarás, condenado! contestó Garcés apretándole fuertemente el brazo.

—¡Por Dios! que me haces daño. No me aprietes así y estaré mas silencioso que una estatua.

En este momento entraba por la puerta de la izquierda un escribano, y al verlo los dos interlocutores, figuraron que estaban arreglando todavía los muebles del salon.

El escribano colocó sobre la mesa un rollo de papeles y se retiró en seguida al fondo de la galería: siguiéronle los criados y apenas desaparecieron entró el conde.

En su arrugado semblante se notaba cierta inquietud, hija sin duda de la ansiedad en que estaba de ver desenlazar la escena que se preparaba.

Paseábase lentamente y de cuando en cuando se paraba para meditar, como buscando un pensamiento que le era de suma necesidad.

Por último llamó á Garcés y le ordenó previniese á la señorita que la esperaba en aquel salon.

Blanca se presentó sencillamente vestida. A pesar de la languidez de sus facciones y de sus mejillas descoloridas, se advertía en sus ojos negros, que brillaban mas sobre la blancura de su finísimo cutis, una resolución atrevida, parecida á la del reo que se sonríe al ver la cuchilla del verdugo.

Cierta contracción de ira y de desprecio, que se echaba de ver en el movimiento convulsivo de su labio superior, la hacia semejar á una diosa pagana indignada, mas que á un simple mortal.

El conde se sentó y mandó á Blanca que se sentase á su lado. Su impasibilidad y glacial calma contrastaba visiblemente con la agitación de su hija.

La hizo presente por los medios mas suaves á que pudo amoldar su duro carácter, el sagrado empeño que le ligaba al duque de San Roman, y al cual no podia faltar sin comprometer su palabra de caballero.

La pintó con los mas hermosos colores la brillante posición que iba á ocupar en la corte, cuando fuese esclavo de sus caprichos el primero de sus magnates.

La manifestó que el duque llegaría dentro de algunos momentos con los testigos, y concluyó rogándola que fir-

mase el contrato sin resistencia y sin escitar su cólera, pues de lo contrario lanzaría sobre ella su eterna maldición y la encerraría en un convento.

Pero Blanca, para quien las súplicas y amenazas no tenían ya ninguna fuerza, espuso á su padre con humildad, pero con firmeza, lo repugnante y violento que le era tener que desobedecerle, pero que habia resuelto morir antes que ser esposa del conde de San Roman.

Le suplicó que la encerrase en un convento antes que unirla á un hombre, que sin duda la haría desgraciada, máxime cuando ya no era dueña de su corazón, pues que pertenecía al caballero mas leal y valiente de la corte de Carlos V.

La cólera del conde no tuvo límites; arrastró á su hija furiosamente hácia la mesa donde estaba ya estendido el contrato, y poniéndola una pluma en la mano, la instó varias veces á que firmase; pero ella con la mayor sangre fría, arrojó la pluma á larga distancia y juró de nuevo que no firmaría.

No sé adonde hubiera llegado el conde con su ceguedad y su ira, pues ya habia acariciado dos ó tres veces la empuñadura de su daga, sino hubiese aparecido en aquel instante un paje en la puerta de la galería anunciando al duque de San Roman.

(Se continuará.)

## LOS DIOS LARES (1).

(Continuacion.)

### VII.

#### EL INDIÓ.

Templeson estaba inmóvil, paralizado; su sangre se habia estancado en las venas, y no percibía absolutamente ningún ruido exterior, esperando con una ansiedad suprema.

Para tranquilidad del lector, debemos advertirle que el autor no se ha encontrado nunca en situaciones semejantes, pero cree que Templeson sintió, ó debió sentir lo dicho y mucho mas.

Nuestro héroe sintió sobre su cabeza el calor de aquel

aliento penetrante; á través de la oscuridad de sus ojos, encontraba siempre aquella mirada implacable y veía abierto aquel abismo de dientes próximo á devorarlo.

Al cabo de tres minutos mortales, Templeson hizo un ligero movimiento y separó las manos de su rostro. Entonces dejó escapar un profundo suspiro, y todo su cuerpo tembló conmovido por la mas grande de las impresiones.

El saurio, tendido á sus pies, tenia la cabeza cubierta de una espuma sangrienta. El inglés creía soñar, y estendiendo poco á poco su cuerpo, se puso de pié sin que el cocodrilo hubiese hecho el menor movimiento.

Entonces buscó Templeson la clave de aquel enigma incomprensible, y si alguna cosa podia distraerle del peligro pasado, era la probabilidad de otro peligro presente. — En el mismo momento, oyó un sonido desconocido muy semejante al ladrido de un perro; á poco vió arrastrarse por entre la yerba enormes masas de color gris, y que el agua saltaba estrepitosamente al recibir aquellos monstruos cuyas escamas brillaron un momento al sol, que llegaba entonces á su cénit, reflejándose de lleno en aquel espejo de plata.

Dos bengalis cantaban sus amores sobre un náuclea de la ribera.

Todo esto habia sucedido en un minuto: Templeson, petrificado por la idea de aquel peligro inminente de que acababa de escapar, pensaba en la Santa Providencia que así velaba por él.

Un grito humano respondió á aquella pregunta mental. ¡Entonces no cabia duda: en aquel grito habia reconocido palabras, é iba á ver un hombre!

Templeson dió un grito ininteligible, y se lanzó hácia el punto de donde salía aquella voz que le llamaba. Pero cuando separaba los espesos matorrales que le obstruían el paso, vió levantarse delante de sí una forma humana cuya mirada buscaba la suya. De pié, y en su piragua hecha del tronco de un árbol, mirábase de hito en hito un indio, que trataba de conocer con su maravilloso instinto de salvaje, si la persona á quien acababa de salvar, era un amigo ó un enemigo.

Nuestro héroe participaba del mismo embarazo, pero pensaba que cuando dos hombres se encuentran en un desierto frente á la muerte, despues de haber sufrido los horrores de la soledad, debían considerarse como hermanos ó como amigos de veinte años. Y cuando reparó en aquella actitud fría, mas hostil que amistosa, retrocedió dos pasos, considerando al propio tiempo cómo aquel finísimo arco pudiera sepultarle en la frente, al menor movimiento, una buena raspa de pescado.

(1) Véase el número 21.





Tipos militares.—Infantería inglesa.

Los dos insulares se miraban siempre con vacilación. Pocos momentos pasaron de esta suerte, y entonces el indio, avergonzándose de aquel lujo de precauciones, para con un hombre desarmado, arrojó lejos de sí el arco con un soberbio desdén, y extendió la mano derecha en señal de paz.

El inglés repitió maquinalmente este gesto, y un minuto después el hombre de la piragua saltó á tierra.

Cada cual tiene formado un juicio mas ó menos exacto acerca de las cosas que no conoce. Para muchas personas todo alemán debe ser rubio, y vestir una levita verde: el inglés tendrá el labio superior levantado por una fila de dientes monstruosamente blancos: el francés se conocerá por su tipo especial, y por la inseparable roseta encarnada en el ojal izquierdo de la levita, *et sic de cæteris*. Así, pues, Templeson no podía imaginarse un salvaje, sino con una maza de madera pintarrajeada, un cinturón de plumas y botines de piel de tigre: nuestro buen hombre creía en las vírgenes que se venden por un grano de vidrio, y suponía que para hablar con un salvaje, era menester hacerlo de esta manera:

—«Yo blanco, dar aguardiente á tí, buen negro, si tú buen negro, querer dar coco á mí, buen blanco.»

El indio le miraba en tanto fijamente. El hombre civilizado habia empleado cinco minutos para decir veinte palabras ininteligibles: el salvaje movió la mano derecha, y los dos hombres se comprendieron; con esta lengua universal de las señales, ambos pudieron bien pronto cambiar sus ideas.

Pero como seria imposible entendernos con el lector por medio de estas señales salvajes, y como por otra parte nuestra conversacion tendria poquísimos lances, nos permitirán traducir de la mejor manera, este diálogo extraño de gritos y contorsiones, para el cual necesitaríamos un violin y un telégrafo.

—Mi hermano pálido no ha dejado de tener miedo, dijo el indio.

Templeson tembló de pies á cabeza.

—El cocodrilo está hambriento, continuó, y le gusta la carne de cualquier color que sea, pero el cocodrilo es co-barde y huye al ladrado de un perro.

—¿Mi hermano indio tiene algun perro?

—Yo no tengo mas compañero que mi arco, pero sé imitar todos los gritos para engañar á mis enemigos.

—El hermano indio me acaba de librar de una muerte horrible y cierta, ¿qué puedo yo hacer por él?

—Nada; contestó el salvaje. El cocodrilo encuentra su alimento en la tierra y en el agua; pero Mahouna no quiere sino la sangre que corre en sus altares, porque Mahouna tiene siempre sed.

Templeson experimentó un espasmo de inquietud al ver el gesto significativo del salvaje, y su reconocimiento bajó un semi-sono.

Entonces nuestro buen inglés, esplicó al salvaje cómo se encontraba allí; cómo le habian abandonado sus infieles compañeros, y cómo su enjuto estómago pedía comida sazónada, por espacio de dos dias mortales.

Entonces el indio sacó de su piragua un pedazo de pescado y una galleta de raíz de yuca. Templeson devoró aquellas provisiones con un apetito de dos dias.

—Ahora, dijo el indio, ¿qué es lo que desea mi hermano blanco?

—El hermano indio tendrá indudablemente una choza en donde albergarse, y yo le suplico que me conduzca á ella.

—Kanüi es cazador, y cuando tiene hambre, toma su arco, y no vuelve sino cargado de pieles: su choza está muy lejos de aquí; pero la piragua puede llevarnos hasta ella. —¿Sabe cazar el hombre pálido?

—Los blancos aprendemos pronto cuanto quieran enseñarnos, y yo podré cazar con mi hermano el hombre de color.

—Marchemos, pues, pero no llegaremos hasta que el sol de mañana caiga sobre el rio sin fin.

Y los dos telégrafos cesaron de funcionar.

## VIII.

## EL VIAJE.

El indio desató la piragua, y bien pronto comenzaron á deslizarse rápidamente rio abajo. Sentado gravemente en la popa, el salvaje parecia sumido en una meditacion profunda.

Templeson, con la frente apoyada en la mano, meditaba acerca de las extrañas vicisitudes de la vida humana.

De tiempo en tiempo, el indio salia de su letargo, y lanzaba su *pagaya* por la proa, para proteger á la ligera embarcacion contra los obstáculos de la corriente. El inglés se improvisó un magnífico sombrero con las hojas de los árboles de la orilla, y para entretener el tiempo, y olvidar sus tristes preocupaciones estudiaba esa familia misteriosa que se agita en el fondo del agua.

—¿Vive solo en su choza mi hermano indio? preguntó á su compañero, cansado de sus contemplaciones.

—El tigre tiene su familia, y el hombre no fué creado para vivir solo.

—¿Y tiene mi hermano mucha familia?

—El blanco es curioso como una muger, contestó el salvaje encogiéndose de hombros; y bien puede dejar de hacerme preguntas, si no quiere volver con la piragua al rio de los cocodrilos.

El inglés comenzó á silbar una copla que se le ocurría, cuando nada tenia que decir y volvió forzosamente á la contemplacion de los peces.

—¡Oh! exclamó pasado un instante, ¡mira, allí, al extremo de mi dedo!

—Kanüi lo ve todo sin abrir los ojos, y no há querido decir nada, porque conoce al hombre blanco, y temia asustarlo.

Templeson retiró precipitadamente el brazo con que señalaba, al mismo tiempo que un enorme tiburón se deslizaba silenciosamente á veinte pasos de la piragua.

—¡Quieto! dijo el indio, en el momento en que el monstruo hambriento de una presa humana, pasó la corriente para impedir su curso á la piragua.

Templeson, encogido, se amoldaba de una manera desesperada al fondo de la barquilla, que no tenia si no dos pies de profundidad, intentando con una estúpida sencillez disimular en lo posible su presencia.

El tiburón avanzaba en línea recta con una rapidez inesperada.

El indio con la *pagaya* levantada esperaba tranquilamente, sin que la menor arruga de su rostro denunciase emocion alguna.

De súbito brilló en sus ojos un relámpago de furor, y sus dos manos levantadas, cayeron á un tiempo. La pesada *pagaya*, produjo al caer un ruido seco sobre la carne dura y reluciente de la garganta que se abría, dejando ver los dientes afilados de aquella boca asquerosa.

El monstruo cayó en el agua.

Pero el asalto habia sido rudo, y aquella enorme masa al lanzarse sobre la canoa, la hizo perder el equilibrio de una manera que acabó con el poco valor de nuestro inglés.

Durante algunos segundos, no se vió mas que la piragua flotando en la superficie del agua, sin direccion fija: pero á poco el agua verde se tiñó de rojo, y viéronse agitarse confusamente en medio de un lago de sangre los dos actores de aquel drama horrible que tenia lugar en el fondo del agua. Después un cuerpo enorme subió de las profundidades del rio, balanceándose al arbitrio de la corriente como un tronco de árbol.

El salvaje apareció un poco mas lejos, sosteniendo entre sus dientes el largo cuchillo tinto en sangre.

El inglés cuyo color permanente durante toda la escena habia sido el verde claro, permanecía agarrado á la ligera piragua. Fácil será adivinar el grito que lanzó el hijo de



Albion al ver á su compañero reaparecer en medio de aquel teatro de desolacion.

Templeson miró con admiracion aquel hombre sereno, como si terminase de hacer la cosa mas sencilla.

—Kantü, dijo, es valiente como el leon y prudente como el boa: con él se puede ir á todas partes sin tener miedo.

—En mi tribu no hay hombres cobardes; el nahica nace valiente y fuerte como su padre, y maneja el arco antes de saber hablar.

La piragua continuaba silenciosamente su camino por el rio.

El sol habia perdido su fuerza abrasadora, y sus rayos oblicuos se dibujaban pálidamente en el agua.

A poco, el rey de la creacion se ocultó completamente, y desapareció detrás de aquellos troncos seculares inclinados sobre la orilla como dos ejércitos de gigantes.

Llegó el crepúsculo con sus espesas nubes de mosquitos que zumbaban en el aire abrasador. La calma y el silencio sucedieron á los cantos del papagayo, á los gritos agudos de las aves acuáticas; los árboles se destacaban sobre el fondo oscuro del cielo, y el agua se tiñó de un verde sombrío y profundo.

La luna se levantaba sobre la línea del horizonte, despidiendo por entre las nubes sus rayos misteriosos. Al ver aquellas dos figuras inmóviles, deslizándose en medio del silencio sobre un rio de color de tinta, alumbradas por aquel reflejo pálido, nos hubiera venido á la memoria el recuerdo de aquellos impalpables bosquejos fantásticos que pasan en los sueños.

El indio sumergía pausadamente los dos remos en el rio para dar impulso á la piragua. Templeson, trastornado por las emociones del dia, se habia dormido al sonido de la dulce y monótona cancion del agua.

Un mosquito, instalado en la oreja del inglés, lo despertó bruscamente.

El crepúsculo matutino aparecia.

Una luz pálida tiñó la copa de los árboles; las ramas y las hojas fueron dibujándose poco á poco, y los diferentes tonos verdes del bosque brillaron al primer rayo del sol.

Entonces un bengalí moduló en su garganta un cántico de notas agudas. El loiko contestó aquel canto con una diferencia de medio tono: despues la tórtola dejó oír sus notas dulcísimas; luego hicieron coro los papagayos, á cuyas voces se mezcló el grito del esparavan; y aquel concierto formidable, siempre aumentado grito por grito por todos los pájaros del bosque, formó como una inmensa orquesta que saludaba la salida del sol.

Las orillas del rio se animaron, y los monos se mecían en los aires con ridículas contorsiones, al mismo tiempo que cruzaban el rio innumerables bandadas de pájaros acuáticos.

Llegó la tarde, y el inglés se moria de hambre.

—¿El hermano pálido quiere comer?

Templeson levantó al cielo sus marchitos ojos.

—Presta atención y mira, dijo el indio.

El rio se ensanchaba visiblemente, y á lo lejos se oía el ruido confuso de las aguas al chocar en la costa. Al frente y á inmensa distancia se veía una banda blanca, que brillaba bajo los fuegos del sol poniente.

—Kantü no ha engañado al hombre pálido, dijo el salvaje, y el sol vá á caer en el rio sin fin.

Templeson veía á través del espacio una buena estera para estender sus miembros adoloridos, y buenos alimentos para reparar sus fuerzas perdidas.

Entonces juntó las manos, abrió la boca lleno de admiracion, y tragó una bocanada de mosquitos al querer respirar aquel viento tibio que le traía un hermoso olor de hombres y de casas.

A medida que la piragua caminaba, los puntos, antes apenas visibles, se iban haciendo mas precisos; los árboles cesaron de correr en las orillas, y la aldea de los indios apareció delante de los deslumbrados ojos del inglés.

(Se continuará.)

JAVIER DE PALACIO.

## MISTERIO.

No estrañes, no, que mi entusiasta acento  
Llegue, hermosa Isabel, hasta tu oído;  
Yo quisiera mandarte un pensamiento  
De galas mil y de ilusion ceñido.

Verte quisiera y aplaudir en tanto  
Tu accion, que fué gallarda y generosa:  
Por eso yo cuando mi voz levanto  
Busco tu imagen con mirada ansiosa.

Fuiste digna de tí. ¡Rasgo elevado  
De un noble corazon por él sublime  
Y que ausente de Cuba he saludado  
Porque grandeza al patriotismo imprime!

No fuiste, no, cual la muger vendida  
Al oropel y la mentira humana:  
Por esa fé tan noble y distinguida  
Bien mereces el nombre de cubana.

¡Ay de la dama que en la patria mia  
Pura en afectos y ambicion naciera:  
Y al verse ante el poder, olvida un dia  
Su antiguo lustre y su virtud primera!

Modelo tú de afecto venturoso,  
Modelo tú de patriotismo bello,  
A tí dirijo un cántico armonioso  
Del astro de Madrid ante el destello.

A tí ¡oh hermosa! en cuya frente brilla  
El rayo de la estrella americana:  
Rayo de libertad que no se humilla  
Porque brota de esfera soberana.

A tí ¡oh hermosa! cuyo nombre adoro  
Por una accion que me dejó admirado:  
Flor que celebro con el arpa de oro  
De un corazon del tuyo separado.

A tí que vives en la pura esfera  
Donde elevan su voz los ruisenores:  
A tí que escuchas esta voz sincera  
Tal vez en medio de esponjadas flores.

Adios.—Tal vez como feroz torrente  
Descienda yo del mundo en el camino:  
Tuya será mi inspiracion ardiente  
Y el último laurel de mi destino.

Adios.—Tal vez como de blanca luna  
El débil rayo en montes dilatado,  
Descienda yo sin esperanza alguna  
Teniendo acaso el corazon rasgado.

Pero torrente ó rayo silencioso,  
Ola que truena, ó luz entristecida,  
Tendré un recuerdo para tí dichoso,  
Tendré una flor para adornar tu vida.

Y acaso el eco de mi voz sonora  
Provocando de tu alma el desvarío,  
Te obligue entonces, joven seductora,  
A murmurar soñando un verso mio.

ANTONIO VINAGERAS.

1860.

## UNA MUGER Y UNA FLOR.

«Porque las niñas son flores  
que hasta las deshoja el viento.»

(Trueba.)

### I.

Una mañana entré en mi jardin.

Lo primero que se presentó á mi vista, fué una flor casi marchita.

Moviome á compasion, y corrí á buscar agua.

Rocié sus hojas, y regué su raíz.

Aun la tierra no se habia embebido el agua, cuando las hojas cayeron y una ráfaga de viento las arrebató.

¿Murió entonces la flor de alegría, ó estaba ya muerta?

### II.

El canto del ruisenior es:

Para el pastor, el anuncio de la primavera.

Para el poeta, el músico de la naturaleza.

El filósofo naturalista dice que el ruisenior canta para recrear á la hembra que fomenta con su calor á los hijos.

Cada cual le presta sus propios sentimientos.

Pero solo entiende la verdadera expresion de ese canto, el corazon que halla en él la dulce melodía de un suspiro amoroso.

«El ruisenior canta para los amantes.»

Solamente el jilgero, cuyos amores duran todo el año, canta en todas las estaciones.

El ruisenior cuando no ama, enmudece.

Por eso el viajero que encuentra á alguna de estas aves en las costas de Siria ó en las risueñas llanuras de Egipto, se sorprende al verla silenciosa.

Es que huyó de nuestras campiñas, en donde tenia el nido de sus amores.

### III.

Una mañana oí cantar á Elisa:

«El tiempo y el desengaño  
son dos amigos leales,  
que despiertan al que duerme  
y enseñan al que no sabe.»

Y luego añadió:

«Fueron mis esperanzas  
flores de almendro,  
que nacieron temprano  
se helaron presto.

Apenas pudo concluir este cantar; los sollozos ahogaban su voz.

La historia de Elisa no es mas que la expresion de sus cantares.

El ruisenior exhala, en vez de cantos, tristísimos gemidos cuando ha pasado la época de sus amores.

Elisa en sus cantares era como el ruisenior que no ama, pero en el fondo de su corazon Elisa moria de amores.

La flor simbólica del jardin estaba casi marchita, acaso porque la habia abandonado la lluvia del cielo.

El corazon de Elisa era la flor simbólica del jardin: moria por la ingratitud de un hombre.

Las palabras «ámame y espera» pronunciadas dulcemente á su oído habian quedado escritas en su corazon. Mas de una vez empezaba este cantar:

«Dicen que tú no me quieres;  
no me dá pena maldita  
que la mancha de la mora

Pero nunca pudo llegar al último verso, porque iba á cantar lo que no sentia, y porque no creia ya en el amor de los hombres.

Dudaba, y oía sus promesas y juramentos como se oye una pieza de música que alhaga nuestros oídos con sus ecos armoniosos.

Yo tenia cierta aficion á Elisa.

Mas que aficion, me interesaba su suerte.

La amaba, y la manifesté mis sentimientos.

¡Cuánto me costó hacerla creer en la verdad de mis palabras!

¡Siempre dudando!

No encontraba en aquella muger ni perversidad ni malicia, cualidades que el ojo del vulgo alcanza á ver en el corazon de la muger.

No veía mas que la consecuencia natural de un amor burlado.

Para mí Elisa era una muger desgraciada, desgraciada como el mundo juzga de una desgracia del corazon.

¡Ay! El mundo no lee jamás el fondo de los corazones, y yo pensaba como el mundo.

Ahora sé mas del corazon de Elisa, de Elisa que se creia condenada á vivir en la tierra sin que el amor de un hombre correspondiese á la infinita aspiracion de su alma.

El amor de un hombre, tal como ella lo sentia, es decir un amor purísimo desligado de la forma mundana; un amor con aspiraciones celestiales, inmaculado como la gota del rocío antes de tocar en la tierra, delicado como el primer perfume de la violeta, inmortal como el alma.

Y Elisa traía á la tierra el corazon de un ángel.

Y la tierra debia de ser ingrata con Elisa.

Yo no la comprendía, yo la hablaba el lenguaje de los hombres, y no sabia amarla como el Rafael de Lamartine, ni como el amante de Graziella.

Hablé mucho con Elisa y procuré estudiar su corazon, pero no supe encontrar en él mas que la idea del amor y la de la duda.

Era á mi entender una flor olvidada por el jardinero, que sino se la regaba, iba á perecer rodeada de ásperas hortigas.

Yo llamaba flor al amor de Elisa y hortigas á la duda.

El lenguaje profana siempre los sentimientos al espre-sarlos.

Puse en práctica todos los medios para llegar al fin que me proponia; arrancar la duda del alma de Elisa, entrar al ángel en la senda de la muger, redimirla.

Yo era en fin, un pretendiente á su mano.

Apelé á un recurso que me pareció decisivo.

Mi amiga Julia era joven y hermosa, y amaba como aman las mugeres á los diez y seis años.

Lo comprendí una tarde que la oí cantar:

«Salga el sol si ha de salir  
y sino que nunca salga,  
que para alumbrarme á mí  
la luz de tus ojos basta.»

Mi objeto al acudir á Julia no fué otro que el de ponerla en relaciones; el de unir la con Elisa por medio de los dulces lazos de la amistad, porque amando aquella y siendo correspondida, era prueba de que creia en el amor.

Julia comprendería el alma de Elisa, y Elisa envidiaría la felicidad de Julia.

Y andando el tiempo, acaso Elisa me amaria.

Elisa y Julia pasaban casi todo el dia juntas, y se confiaban todos sus secretos.

¡Era la vida tan risueña para Julia!

¡Era tan triste para Elisa!

El amor es á la vida lo que el rocío á las flores.

¡La existencia de la muger y la de las flores, se parecen tanto!

Elisa miraba feliz á Julia y exclamaba:

—¡Ay de tí si no te comprenden!

Y Julia exclamaba contemplando desgraciada á Elisa:

—¡Ay de tí! tu alma susceptible aun de dulces sentimientos, se cerrará á todas las delicias de la esperanza. ¡Pobre de tí que no tienes fe!

### IV.

La inclinacion al bien es natural en la muger.

Los vicios de la muger, dijo no sé quién, son adquiridos de los hombres.

Julia y Elisa se querian como hermanas.

Una vez las oí entonar á duo:

«Canta, mi vida, canta,  
canta y no llores  
que cantando se alegran  
los corazones.»

Julia y yo convinimos en que habíamos adelantado mucho en nuestra obra: Elisa ya no cantaba llorando amarguras y desengaños; yo la amaba cada dia mas, aunque mi amor no tenia deseos vehementes, y ella me distinguía entre los demás.

El instante en que la prometiera consagrarme á ella para siempre, debería ser el mas feliz de su vida.

No me apresuraba sin embargo, á hacerle esta *proposicion*; porque estoy convencido de la verdad de aquella sentencia:

«La esperanza es mas bella que la posesion.»

### V.

Pasaron algunos meses.

Consulté con Julia, y concertamos el modo y el sitio apropiado para decir á Elisa mi resolucion.

Era una hermosa mañana de mayo, de aquellas que cantó el tiernísimo Trueba en los siguientes versos:

«Las mañanitas de mayo  
son, alma mia, muy bellas,  
si el amor las acompaña  
y muy tristes si las deja;



pues cuando es azul el cielo,  
cuando hay flores y azucenas,  
cuando los pájaros cantan,  
cuando el sol brilla y no quema,  
y cuando de hojas y flores  
se visten las arboledas,  
el amor para las almas  
es necesidad suprema.»

Iba á salir el sol, y los pájaros, las fuentes, las flores,  
los arroyos, las plantas, el aire, el cielo, todo respiraba  
sencillez, belleza, armonía.

Estábamos en el campo Elisa, Julia y yo.  
Mis *pretensiones* sonaron al fin en los oídos de Elisa.  
¡Ay! En seguida comprendí mi error.  
Conocí al ángel, y casi me asusté de haberle conocido.  
Mi lenguaje de hombre había profanado una santidad.  
Mi corazón debía de haberse hecho pedazos.  
La pobre niña cayó desvanecida.  
¡Ay, que una palabra dá vida y otra palabra dá muerte!  
Una sola nube basta á ocultar los rayos del sol.  
El corazón de Elisa era harto delicado para que yo pu-  
diera llegar hasta él.

Donde el hombre sienta su mano, nacen espinas.

## VI.

Una mañana entré en mi jardín.  
Lo primero que se presentó á mi vista, fué una flor casi  
marchita.  
Movíome á compasión, y corrí á buscar agua.  
Rocié sus hojas y regué su raíz.  
Aun la tierra no se había embestado el agua, cuando las  
hojas cayeron, y una ráfaga de viento las arrebató.  
¿Murió entonces la flor de alegría, ó estaba marchita?  
La mano del hombre no sabe regar flores.  
El corazón del hombre no comprende al de la mujer.

GERÓNIMO LAFUENTE.

## LA PALOMA.

## BALADA.

Así al pie de una palma cimbradora  
un rey á una pastora  
de estos valles decía:  
—Mi corazón te adora  
¿quieres, Lesbia, ser mía?—

—Déjame, señor rey, morir honrada  
en mi estrecha morada  
con mi sayal de lino,  
que pasto á mi manada  
no negará el destino.

—Yo mi corona ceñiré á tu frente  
si el cortesano ambiente  
tu corazón ansía  
respirar muellemente...  
¿quieres, Lesbia, ser mía?

—Déjame, señor rey, con mis dolores,  
que del sol los destellos  
no han de negarme flores  
que den á mis cabellos  
perfumes y colores.

—Yo mi reino, pastora, haré pedazos;  
yo romperé los lazos  
de otra pasión impía  
por dormir en tu brazos...  
¿quieres, Lesbia, ser mía?

—Déjame, señor rey, y por mí deja  
tranquila á la hermosura  
que tu desden aqueja:  
mi condición es dura  
cuanto blanda tu queja.

—No ha de quedar impune la osadía  
de quien así maltrata  
mi ciega idolatría:  
¡oh Lesbia, Lesbia ingrata!  
¡muerta he de verte ó mía!...

—Por mi vendrán cuando tu airada mano  
descargue el golpe insano  
los ángeles del cielo,  
¡que es la virtud lozano  
clavel que no aja el hielo!—

Y es tradición que el padre de la aurora  
nubló al verla sin vida  
la frente brilladora  
¡oh sin igual pastora!  
¡oh virtud no vencida!

Una paloma á recoger la esencia  
de aquel vaso de aromas  
bajó del alto monte  
y luego el horizonte  
cruzaron dos palomas.

ENRIQUE HERNANDEZ.

## EL POETA.

Engalanada la tierra con las flores perfumadas del edem  
y con las ondas de plata del Océano, suspiraba con impa-  
ciente ternura por la salida del sol, como la esposa por la  
llegada del esposo, para lucir sus galas y sonreír de amor y  
de contento al Ser Supremo. Las dulces brisas de la maña-  
na volando por los montes y collados, serpenteando por los  
valles, jugueteando con las flores y agitando el límpido cris-  
tal de los ríos, hasta ir á besar las ondas de los mares, con  
el unísono sonido de todo lo existente, fué el primer canto  
de armonía que la naturaleza agradecida entonaba á su  
Creador. Hubo un instante de delicioso éxtasis, y otra armo-  
nia de mas enérgica expresión inundó los ámbitos del es-  
pacio; el hombre había nacido, y otros muchos seres se agi-  
taban en torno suyo, que admiraban con acentos inarticula-  
dos las maravillas de su existencia.

Aquel primer grito de admiración, fué el primer canto  
que el hombre elevó á Dios, fué la primera expresión poéti-  
ca que se escuchó en el universo.

Vagaba por el edem embriagado por las bellezas y los  
perfumes, y yacía en las colinas de esmeraldas, para des-  
cansar del placer en un delicioso sueño de ventura, al ar-  
rullo del canto de las aves y del murmullo de las aguas...  
En aquel momento de reposo, la poesía fecundó su alma; al  
despertar, recibieron nombre y aplicación simbólica todos  
los seres que poblaban el mundo. Lo que no pudo explicar  
el axioma, lo figuró la idea, y lo que no pudo representar  
la forma, lo reprodujo la frase engalanada por la poesía.

La humanidad entonces como el niño, con su limitado  
entendimiento todo lo admiraba, y vagando de objeto en  
objeto, y examinando cosa por cosa, resistiéndose al análi-  
sis, se abandonó á la contemplación. Acalorada su mente,  
se olvidaba de la causa, y atribuyendo cualidades superiores  
á los seres y á los elementos, llegó hasta deificar y adorar á  
los animales. El poeta fué el primer sacerdote, y sus cantos  
de adoración al fuego y á la luz, á la fuerza y á la hermosu-  
ra, fueron acogidos por los hombres como leyes sagradas é  
inmutables. Poco tiempo después, el cielo estaba poblado de  
dioses, la tierra de inmortales seres, y cada individuo, cada  
familia tenía sus manes tutelares, y no había mar, río, cam-  
po ó cosa que no tuviera su deidad guardadora.

Pero el poeta, aquel creador de los dioses y del Olimpo,  
pasaba generalmente su vida oscurecido, despreciado mu-  
chas veces y vilipendiado las mas, aunque siempre con un  
valor inspirado cumplía con su profética misión, porque  
una fuerza superior á su voluntad le obligaba á girar en el  
inmenso círculo de ella, le hacía sufrir todos los sentimien-  
tos, y le impulsaba á expresarlos en delicados conceptos, en  
el lenguaje vivo y apasionado, eco débil, pálida frase del  
lenguaje del corazón.

Como el buque combatido por los vientos y que la vio-  
lencia de la tempestad arroja de escollo en escollo, que sal-  
va milagrosamente sin naufragar nunca, así el poeta agita-  
do por toda clase de sensaciones, vaga sin mas socorro que  
su inspiración, por el inmenso piélago del mundo. Verda-  
dera planta exótica de la humanidad, personificación de  
esta, ó limitando sus condiciones, de su patria, eco fiel de  
sus glorias y padecimientos, profeta de sus aspiraciones en  
todas las edades, cada una de sus epopeyas, cada uno de sus  
brillantes cantos, son los eslabones que enlazan las ideas,  
las generaciones pasadas á las futuras.

Abrid los libros que nos legaron los poetas de la anti-  
güedad y en ellos encontrareis la vida de los pueblos; re-  
solved el mito y sabreis su historia.

Si los hombres por su ignorancia yacen oprimidos por  
la astucia y el poder, arrastrando la pesada cadena de la  
esclavitud; ved sino es él el que en esa sociedad de reyes  
les proporciona un consuelo y les hace olvidar en gratos y  
encantadores instantes sus profundas penas y padecimien-  
tos: ved sino es él el que atrevido, al par que generoso, sale  
de las cabañas del colono, del bucelario, del triste é infeliz  
labriego para subir á los sombríos castillos de los señores, á  
los suntuosos palacios de los potentados, infundiendo en los  
corazones de los primeros la esperanza, escitándoles á la  
instrucción, estimulando su noble orgullo, ponderándoles  
las grandezas de la tierra y mostrándoles el camino de la  
gloria y del poder, que alcanzaron por sus hazañas los vale-  
rosos capitanes, ó por sus grandes hechos los virtuosos  
patricios; mientras que, por un singular contraste, pon-  
dera á los segundos los suaves goces de la vida campestre;  
los inocentes amores del labrador y la felicidad que disfru-  
ta en sus solitarias cabañas aquellas familias pobres uni-  
das por los deliciosos vínculos del cariño, conmoviendo  
sus corazones con tan tiernos cuadros, y atrayendo sobre  
aquellos, siquiera no mas que el respeto hácia su humilde  
pobreza.

Él ha sido el que, en esos momentos solemnes de la  
vida de la humanidad, ha contribuido mas á la regeneración  
con sus divinas inspiraciones, ya unas veces vistiendo la  
túnica del sacerdote, otras pulsando la lira del bardo, otras  
armado con el casco y lanza del guerrero, y otras, en fin,  
vagando en peregrinación por el ámbito de la tierra. Su voz,  
la voz del profeta; sus cantos resonaron al compasado ruido  
de las armas y de las legiones que se aprestaban á las guer-  
ras, á las reconquistas, como prendas seguras de la victoria;  
y el poeta, esa fibra sensible de la humanidad, pobre siempre

y desconocido, cambiando las encantadas armonías de su lira  
por un pedazo de negro pan en las cabañas del pobre, por  
un frugal alimento en las tiendas militares, y por una opí-  
para cena en los castillos ó palacios de los grandes, ha  
asistido siempre á todas esas escenas del drama humano.  
Nacido para cantar, su familia es la humanidad, su patria  
el mundo.

El poeta es, por consiguiente, la personificación de  
las edades. Moisés conduce al pueblo de Israel á la pro-  
metida tierra de Canaan, y su inspiración divina consuela  
y aminora los padecimientos de su larga y penosa huida.  
Jeremías es el eco de los ayes que exhala el judío cautivo  
en Babilonia, que cuelga su lira en los sauces que crecen  
á las orillas de sus ríos, porque no pueden cantar lejos de  
su amada Sion, á la que dirigen mil frases sentidas y cari-  
ñosas: el ciego de Chio, el divino Homero inmortaliza la  
Grecia, pidiendo una limosna por todos sus pueblos. Vir-  
gilio dá el mundo conocido á los romanos y Horacio los  
ilustra.

La trastornada Europa vé con asombro á los bárbaros  
que huellan la civilización romana y encierra los libros  
de la antigua ciencia en los conventos; mientras que la gaya  
ciencia con sus bardos, modifica la fiereza de los dueños del  
ya degenerado imperio de Augusto.

Pronto en Italia se elevan dos inmensos y luminosos fa-  
ros en el Dante y el Petrarca, y mientras que el fénix de los  
ingenios se hace popular en toda la Europa, el manco de  
Lepanto escribe en un rincón de su pobre morada el libro  
del porvenir, la esplendente aureola de la literatura caste-  
llana. Racine, Corneille, Bossuet y Fenelon nacionalizan la  
Francia, y Shakespeare es el sublime y brillante fanal de la  
reina de los mares.

¿Y qué significación puede tener en nuestra edad el  
poeta cuyas concepciones parece que solo penetran en el  
corazón humano para deleitarle en vez de instruirle? ¿Qué  
significación puede tener un visionario en la época del mas  
refinado positivismo? ¿No hay quien asegure que con sus  
cantares contribuye de un modo eficaz á la disolución de  
las costumbres?

¡Oh! bebed en Byron y en Espronceda las escépticas  
ideas del descreído, y las acusais acaso porque desgarran  
vivamente vuestra alma con las mismas sensaciones que  
vuestra sociedad inspiró á sus lirás, y os lamentais al ver  
que destruyen una fé que ya no existe en vuestro corazón.  
Entonces quereis ir á inspiraros, á tener fé con Ciospok so-  
bre la tumba de Carlota Corday; á poseeros de un sublime  
valor en los cantos de Andrés Chenier, protestando en el  
patíbulo contra la anarquía; á saber dirigir los generosos  
esfuerzos del pueblo con Berenjer; á aprender el senti-  
miento religioso de la fraternidad, de la dignidad y los de-  
rechos del hombre con Lamennais, y á escitar con Quin-  
tana al pueblo, á sacudir el yugo de la tiranía, y á gozar de  
la verdadera libertad enemiga de la ambición que siembra el  
mundo de luto, de sangre y de esterminio.

¿Cuántas veces no buscáis en Ossian y en Milton los ru-  
dos sentimientos de corazones vírgenes y quereis purifica-  
ros con las sensaciones que escitan los tremendos y subli-  
mes cuadros de la naturaleza? ¿Cuántas veces apocado vuestro  
corazón y lleno del miedo con que vuestra conciencia le  
castiga, no va á buscar en Chateaubriand el consuelo de  
inspiraciones religiosas?

Cuando solos, como la palma en el desierto, después  
que habeis consumido una fortuna en lúbricas orgías, os  
veis despreciados de los complacientes cómplices de vues-  
tras pasiones, necesitáis respirar el dulce y generoso aliento  
de la amistad, venís á buscar ansiosos en Lamartine esas  
tiernas afecciones que mitigan vuestros pesares y os hagan  
olvidar los recuerdos que envenenan una existencia per-  
dida. Entonces queriendo espiritualizaros, estudiáis á Pe-  
lletan para curar vuestra impotencia, y al ver la marcha  
progresiva é incontrastable de la humanidad á la perfección  
y al bien, anhelaís contribuir con un esfuerzo que se con-  
vierte en un suspiro de amargura.

¡Ved como ese loco visionario que despreciaís os arrastra  
tras de sus sublimes inspiraciones y os hace sentir el deseo  
de lo bueno, de lo grande, de lo bello. Mirad como os hace  
amar la virtud, y aunque sin valor para remediarlo, la-  
mentais, ensalzais ó vituperais con él haciendo vuestros  
sus sentidos conceptos, el miserable estado del *pordiosero*,  
la condición del *esposito*, la soledad del *huérfano*, los ayes  
del *proscrito*, el llanto estéril de la *prostituta*, la virtud  
del *patricio*, el valor del *guerrero*, la probidad del *emplea-  
do*, la liberalidad del *potentado*, el cinismo del *disoluto*, el  
abatimiento del *pueblo*, el despotismo de los *reyes*, las glo-  
rias de la *patria*, y por último las grandezas sublimes de la  
*Creación*!

¿Quién sino él reprende con energía la conducta de  
los tiranos de la tierra, ó recuerda á un pueblo sumido  
en la ignorancia y en la ignominia sus deberes; le ani-  
ma, le entusiasma, le hace correr á las armas, le hace  
combatir, le hace vencer y conquistar los preciosos de-  
rechos del hombre? ¡Oh! los que despreciaís al poeta,  
contemplad el vasto campo, el inmenso círcu-  
lo por donde ha de girar su existencia: miradle enton-  
das partes sonreír con la dicha, gozar con la virtud, en-  
tusiasmarse con la gloria, horrorizarse del vicio, verter  
lágrimas con la desgracia, y en una palabra, sufrirlo to-  
do. Y decidnos, ¿ese corazón que siente en conjunto to-  
dos los goces y males de la sociedad, con la misma inten-  
sidad que cada uno de sus individuos, es por ventura una  
vulgaridad? ¡No! mil veces no: su alma sensible es el alma  
de sus semejantes, y su voz es la de la humanidad, la del  
pueblo, entre el cual él vive pobre, solitario y despreciado:  
sí, despreciado al parecer, porque no comprendemos que  
todos nosotros constituimos el poeta y que nuestros hechos  
son sus cantos; ciegos á la luz de la verdad, le miramos con  
desden, mientras que una sola ilusión alimenta nuestra al-  
ma; pero cuando ya hastiado nuestro corazón y seco como  
el árido desierto, necesita respirar el aura embalsamada de



la esperanza para vivir, entonces buscamos el poeta, bebemos con ansia sus inspiraciones y le pedimos con lágrimas de sangre una de sus *mentidas ilusiones* que reanimen nuestra alma y den calor al corazón, para que no muera de frío. ¿No es verdad? ¡Oh! Ahora que le conocéis, no le olvidareis, ni le despreciareis con el incrédulo, no os henchireis como él de vano orgullo, ni aparentando una mentida ciencia os embriagareis hasta el punto de olvidaros de vuestra felicidad, *sin prever el porvenir triste pero seguro de males que espera al insensato, que ebrio de impureza y de mentido placer esclama:*

«¡Gocemos hoy, que mañana moriremos!»

MANUEL HENAO Y MUÑOZ.

## EL AMBICIOSO POR AMOR.

TRADUCCION DEL FRANCÉS.

(Continuacion.)

«Entonces puse la vista en una modesta colocacion para poder vivir. Iba á tomar la direccion de un periódico, bajo un editor ignorante pero ambicioso, cuando me sobrecogió esta idea de terror. —¿Querrá ella por marido á un hombre que descienda tanto? Esta reflexion me volvió á los primeros años de mi juventud. ¡Oh! mi querido Leopoldo. ¡Cuánto se gasta el alma con estas perplejidades! ¡Cuánto deben sufrir las águilas y los leones aprisionados! Sufren todo lo que Napoleón padecía, no en Santa Elena, sino en las Tullerías, el 10 de agosto, cuando veía á Luis XVI defendiéndose tan mal, él que podía domar aquella sedicion, como lo hizo mas tarde en los lugares mismos. Pues bien; mi vida ha tenido este padecimiento de un día, estendido sobre cuatro años. ¡Cuántos discursos he pronunciado en la Cámara, paseándome por las desiertas alamedas del bosque de Boulogne! Aquellas improvisaciones inútiles, por lo menos han aguzado mi lengua y me han acostumbrado á formular mis pensamientos en palabras. En tanto que yo padecía estos tormentos, tú te casabas, arreglabas tu fortuna y te nombraban alcalde de tu distrito, despues de haber ganado una cruz haciéndote herir en Saint-Merry.

«¡Escucha! siendo yo niño, me entretenía en atormentar á las abejas; y recuerdo que me daba fiebre cuando las veía haciendo esfuerzos reiterados para tomar su vuelo, y que en vano pugnaban por levantar sus alas. ¿Era esto una simpatía? ¿era una vision de mi porvenir? ¡Oh! ¡desplegar sus alas y no poder volar! Esto me sucedió con aquella empresa que me arruinó y que ahora ha enriquecido á cuatro familias. Por último, hace siete meses resolví formarme una reputacion en el foro de París, viendo el vacío que dejaban en él las promociones de tantos abogados á puestos eminentes; pero recordando las rivalidades que habia observado en la prensa, tomé una resolucion cruel para mí. Tú me habías explicado la constitucion social de Besanzon; la imposibilidad en que se veía cualquier extranjero de penetrar en aquella sociedad, y allí fué donde quise clavar mi pabellon, pensando así evitar la concurrencia y hallarme solo para lograr la diputacion. ¡Los bisontinos se desdennan de ver al extranjero; el extranjero no los verá! ¡Rehusan admitirlos en sus salones; él no pondrá jamás los pies en ellos! ¡No se presentará en ninguna parte, ni aun en la calle! Pero hay una sola clase que nombra los diputados, el comercio. Voy á estudiar especialmente las cuestiones comerciales, que ya conozco: ganaré pleitos, arreglaré las cuestiones, me haré el abogado mas fuerte de Besanzon. Mas tarde fundaré una revista, donde defenderé los intereses del país, donde los haga nacer, vivir ó renacer: cuando haya conquistado uno á uno bastantes sufragios, mi nombre saldrá de la urna. Desdeñarán durante algun tiempo al abogado desconocido; pero habrá una circunstancia que le dará á luz, una defensa gratuita, un negocio del cual no quieran encargarse los demás abogados. Si hablo una vez, estoy seguro de mi triunfo.

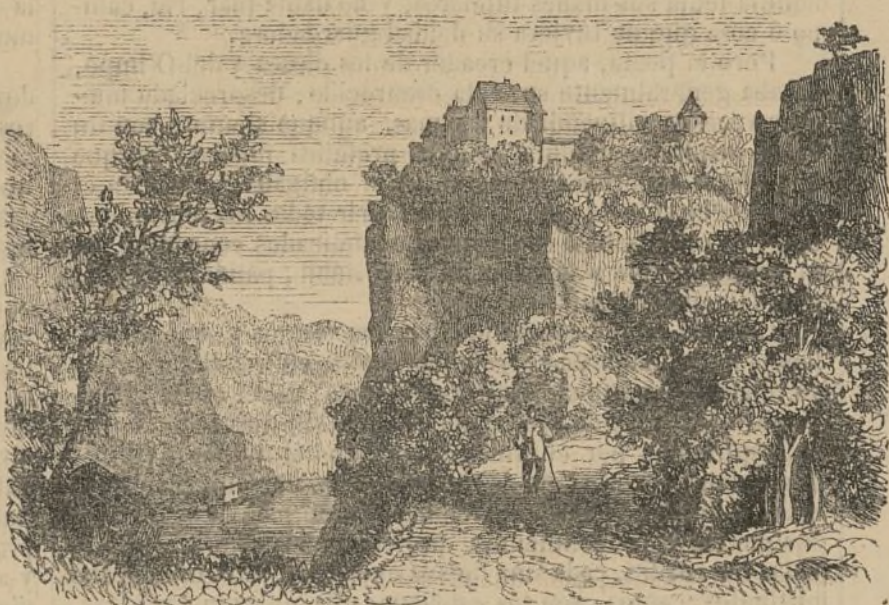
«Pensado esto, mi querido Leopoldo, hice empaquetar mi biblioteca en once cajas, compré los libros de derecho que pudieran serme útiles, y vine á establecerme en Besanzon. Escogí en el término de tres dias una habitacion con vistas á un jardín; amueblé suntuosamente el gabinete misterioso donde paso mis noches y mis dias, y donde brilla el retrato de mi ídolo, de aquella á quien está consagrada mi vida, que es el principio de mis esfuerzos, el secreto de mi valor, la causa de mi talento. He tomado un criado inteligente y he permanecido cinco meses como una marmota en invierno. Me han inscrito en el cuadro de los abogados, y por último, me han nombrado de oficio para defender á un desgraciado ante los tribunales, sin duda para oírme hablar por lo menos una vez. Uno de los negociantes mas influyentes de Besanzon era del jurado; se trataba de un asunto espinoso, y yo quería atraerme la atencion de este hombre: tuve el triunfo mas completo. Mi defendido era inocente, hice prender á los verdaderos culpables, y el tribunal ha participado de la misma admiracion que el público. He salvado el amor propio del juez de instruccion, demostrando la casi imposibilidad de descubrir una trama tan bien urdida. Consegui la clientela de mi negociante, y le he ganado un pleito. El Capítulo de la catedral me ha escogido por abogado en un ruidoso pleito contra el ayuntamiento que dura hace cuatro años; lo he ganado tambien. Estos tres asuntos me han hecho el abogado mas célebre del Franco-Condado. En-



Ruinas de Dietfurt en el valle del Danubio.

vuelvo mi vida en el mas profundo misterio, y así oculto mis pretensiones.

«Mis hábitos contraidos me dispensan aceptar cualquiera invitacion: no se me puede consultar mas que de seis á ocho de la mañana; me acuesto despues de comer y trabajo durante la noche. El vicario general, hombre de talento y muy influyente, que me encargó del pleito del Capítulo, perdido ya en primera instancia, quiso mostrarme su agradecimiento. —«Señor, le dije, me encargaré de vuestros negocios, pero no acepto los honorarios, ambiciono mas...



Castillo de Werrenwag.

(El abate se incorpora.) Habeis de saber que pierdo considerablemente con oponerme al ayuntamiento: he venido á Besanzon para salir diputado y no quiero ocuparme mas que de asuntos comerciales, porque el comercio hace los diputados y desconfiarán si abogo por los sacerdotes. Me encargo de estos negocios, yo que era en 1828 secretario particular de tal ministro... (nuevo movimiento de sorpresa del abate) y magistrado. (Otro movimiento.) He permanecido fiel á los principios monárquicos; pero como vos no teneis mayoría en las elecciones, tengo que adquirir los votos de la plebe: los honorarios que os pido, son los votos que dispongais para mí secretamente en el momento oportuno; guardaremos el secreto mutuamente, y yo abogaré gratis en todos los negocios del clero de la diócesis: no me preguntéis nada sobre mis antecedentes y seamos fieles. —A pesar de esto, me puso en la mano un billete de quinientos francos, diciéndome al oído. —«Los votos están siempre dispuestos.» Creo haberme hecho muy amigo de este excelente vicario. Ahora no me encargo mas que de los negocios del comercio, diciendo que esta es mi especialidad. Esta táctica me atrae á los negociantes sin romper con la aristocracia influyente. De esta manera todo vá bien. Dentro de unos meses habré encontrado en Besanzon una casa que me dé la renta que necesito y cuento con que tú me prestes el capital para esta adquisicion. Si muero ó se frustran mis planes, no será esta una pérdida muy considerable entre nosotros, te remitiré los intereses con los alquileres y aguardaré una buena ocasion para que no pierdas nada en esta hipoteca necesaria.

«¡Ah! mi querido Leopoldo, ningun jugador teniendo

en su bolsillo los restos de su fortuna y jugándola en un círculo de estraños, donde por la última vez ha de salir rico ó arruinado, ha tenido en los oídos los zumbidos continuos, en las manos el sudor nervioso, en la cabeza la agitacion febril, y en el cuerpo el temblor interior, que yo experimento todos los dias jugando mi última partida en el juego de la ambicion.

«¡Ay! querido amigo, pronto hará diez años que sostengo esta lucha: este combate con los hombres y con las cosas, donde he derramado sin cesar mi fuerza y mi energía; donde he gastado todos los resortes del deseo que ha minado interiormente mi existencia. A pesar de las apariencias de fuerza y de salud, me siento debilitado; cada dia desgarró un giron de la vida íntima: á cada nuevo esfuerzo, siento que ya no podría volver á empezar; ya no tengo fuerzas mas que para la dicha, y si no llego á colocar sobre mi cabeza su corona de rosas, el yo que existo, no existiría sino como una cosa destruida: no desearía nada en el mundo, no querría ser nada. Tú lo sabes, el poder y la gloria, esa inmensa fortuna moral que busco, no es mas que el medio de la felicidad que ansío, el pedestal de mi ídolo. Llegar espirando hasta el término de la carrera como en los juegos romanos. ¡Ver á la fortuna y á la muerte llegar juntas hasta el dintel de nuestra puerta! ¡Obtener á la que se ama en el momento en que el amor se estingue! ¡No poder gozar de los encantos de la vida despues de ganar el derecho de morir dichoso! ¡Oh! ¡Cuántos hombres tienen este destino!

«Hay ciertamente un momento en que Tántalo se detiene, se cruza de brazos y desafía al infierno, renunciando á su oficio eterno de condenado. Tal sería mi destino si fracasase mi plan, despues de arrastrarme en el polvo de provincia y humillarme como un tigre domesticado alrededor de estos negociantes electores para conseguir sus votos; ¡oh! perder un tiempo, que hubiera podido pasar en el lago Mayor, viendo las aguas que ella vé, durmiendo bajo su mirada, oyendo su dulce voz! Quiero lanzarme á la tribuna para alcanzar la aureola que debe tener un nombre que ha de suceder al de príncipe Gandolphini. Querido Leopoldo, siento á veces una languidez vaporosa y mortales disgustos, sobre todo cuando en mis largas melancolías estoy sumergido en las venturas del amor dichoso. Sin embargo, mi vida es bella en este momento, iluminada por la fé, por el trabajo, y por el amor. Adios, amigo mio, dale un abrazo á tus hijos, y mi recuerdo á tu excelente muger.»

Rosalía leyó dos veces esta carta, quedando grabada en su memoria. Ella penetró súbitamente en la vida anterior de Rodolfo, porque su viva inteligencia le explicó los detalles en toda su estension. El amor en una joven es un efecto de la ley natural; pero cuando ama á un hombre extraordinario, entonces une al cariño el entusiasmo que arrebató el corazón de la muger. La señorita de Watteville llegó en pocos dias á ese estado peligroso de la exaltacion amorosa.

Una noche vino Marieta á vestir á la señorita para una *soirée*, y le entregó, no sin lamentarse de este abuso de confianza, una carta cuyo sobre le hizo estremecer.

A LA SEÑORA PRINCESA GANDOLPHINI.

LAGO MAYOR

Génova.

A sus ojos este sobre brilló como debió brillar *Mane, Thecel, Phares*, á los ojos de Baltasar. —¿La leo?... ¿no la leo? Estas palabras vagaban en la imaginacion de Rosalía, luchando el deseo con la conciencia. —Si la leo, añadió despues de fluctuar una hora entre el *sí* y el *no*, será ciertamente la última. ¡Oh! ¡si esto es un crimen horrible, no es tambien una prueba de amor? ¡Oh! Rodolfo, ¿no soy tu muger? Cuando Rosalía estuvo ya en la cama, abrió aquella carta fechada de día en día, para ofrecer á la princesa una fiel imagen de la vida y de los sentimientos de Rodolfo.

25.

«Alma de mi vida, todo vá bien, á los triunfos que he conseguido debo añadir el mas precioso: he hecho un gran servicio á una de las personas mas influyentes en las elecciones. Como los críticos que hacen las reputaciones ajenas sin poder formarse las suyas, él hace diputados sin poder serlo jamás. Este gran hombre ha querido manifestarme su reconocimiento de la manera que mas llena mis deseos. —¿Quereis ir á la Cámara? me dijo, yo puedo haceros nombrar diputado. —Si me resolviese á entrar en la carrera política, le respondí hipócritamente, sería para consagrarme á los intereses de este país que yo amo, y donde soy apreciado. —Está bien, nosotros os nombraremos y tendremos en la Cámara vuestra influencia, porque estoy cierto de que brillareis en ella.

(Se concluirá).

Por todo lo no firmado,  
R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografia de D. Juan José Martínez,  
calle del Arco de Santa María, núm. 7.